
CIENCIA, CONOCIMIENTO Y SOCIEDAD

ADRIÁN MEDINA LIBERTY

Demasiada cordura puede ser locura y la mayor locura
de todas es ver la vida como es y no como debiera ser.
Miguel de Cervantes

En la actualidad es común admitir que vivimos dentro de un momento caracterizado por una impresionante explosión de la información. La tecnología contemporánea ha logrado que datos y productos tan vastos como diversos (libros, películas, imágenes, sonidos) adquieran una ubicua presencia. La digitalización ha permitido descargar películas enteras a una computadora personal o incluso a un televisor inteligente; la telefonía celular nos ubica y nos interpela prácticamente en cualquier sitio, y en las grandes bibliotecas se continúa afanosamente la transferencia de material impreso a otro digital.

Prácticamente, cualquier rincón del mundo puede ser visible mediante las transmisiones vía satélite o, incluso, por medio del uso de un teléfono celular inteligente. Son inobjetable los beneficios de la tecnología moderna; sin embargo, los alcances de éstos a la población no lo son. La asombrosa propagación actual de la información supondría una divulgación sin precedentes del conocimiento científico entre los miembros no especializados de la sociedad, pero ello no ha sido el caso.

La penetración cada vez más intensa de las nuevas tecnologías de la información en los distintos estratos de las sociedades contemporáneas, así como el conjunto de cambios económicos, sociales, culturales y científicos donde ellas se insertan está bosquejando retos cardinales, no sólo en los países en vías de desarrollo sino también en los desarrollados. La divulgación científica posee como motivo ingénito el hacer del dominio público el conocimiento especializado y, si ello se cumpliera, un(a) ciudadano(a) promedio podría estar sólidamente capacitado para tomar decisiones inteligentes sobre asuntos públicos de índole diversa.

La desafortunada ironía es que la mencionada proliferación de la información, especialmente aquella relativa a la producción científica, no se ha visto acompañada de una circulación amplia entre las personas ajenas al quehacer de la ciencia. De hecho, las ciencias continúan siendo un elemento reservado para el grueso de la población.

Si pensamos en el campo de la salud, por explorar un ejemplo común y frecuente, una visita al médico implica recibir un conjunto de instrucciones por parte del profesional que difícilmente son comprendidas más allá de reconocer que “se está enfermo”. Naturalmente, se reconocen síntomas y estados comunes tales como los implicados en una gripe, la diarrea o una infección, sin embargo, lo que está detrás de cada caso (tipo y características de la bacteria o el virus así como las propiedades del fármaco prescrito) se mantienen inefables para el infortunado enfermo.

Resulta superfluo precisar que la práctica de la medicina —como la de cualquier otra disciplina— requiere de una prolongada y ardua formación de modo tal que no cualquiera podría tener los conocimientos y las habilidades pertinentes para ejercerla. No obstante, la salud atiende a un propósito colectivo, atañe al todo que conforma una comunidad o nación de modo tal que, de inmediato, emerge una pregunta: ¿Quiénes deben tomar las decisiones pertinentes a la salud? Aún más, ¿qué tipo y profundidad de conocimientos deben poseer quienes tienen posibilidades de hacer cambios relativos a este campo?

Desafortunadamente, rara vez son los propios ciudadanos quienes poseen dicha capacidad de arbitraje. Una compleja urdimbre, con frecuencia impenetrable, de usos y abusos, claroscurios en las decisiones y la omnipresente corrupción son generalmente lo característico del aparato político dentro del cual ocurren las propuestas y los seguimientos de éstas. Quienes ocupan los puestos directivos no siempre —rara vez, en realidad— poseen una formación sólida dentro del campo que les toca administrar. Así, por ejemplo, no debería sorprender el encontrar economistas al frente de la educación o abogados atendiendo los conflictos originados por la pobreza mientras que al ciudadano común sólo le es permitido resentirse por los errores cometidos dentro del kafkiano entramado burocrático. En escasas ocasiones —si las hay— la sociedad realmente logra beneficiarse por decisiones pertinentes y acciones acertadas.

¿Estamos, por tanto, condenados a ser meros observadores de políticas desatinadas y deficientes? Naturalmente, no. Una sociedad educada siempre será mucho más contestaría del orden imperante, especialmente cuando éste ha mostrado su ineptitud. Sin embargo, una “adecuada educación” no es suficiente para debilitar las insuficiencias o las imposibilidades de las políticas sociales y, de hecho, cabe mencionar que no es posible hacer del sistema educativo el instrumento del desarrollo socioeconómico si las consideraciones políticas no hacen posible tal desarrollo. Aún así, una acertada coordinación ciudadana cuyos miembros poseyeran un conocimiento si no profundo al menos suficiente para proponer directrices pertinentes, sin duda, podría influir significativamente en el mejoramiento social en sus diversas áreas.

La injusticia que enfrenta —y afrenta— al mundo es de tal magnitud que tres cuartas partes de los habitantes viven con sólo una quinta parte de los recursos disponibles. Más de mil millones de seres humanos viven en la pobreza, entendida como desnutrición, analfabetismo, casi nula salubridad, enfermedades transmisibles, alta mortalidad infantil y escasas esperanzas de vida. Mientras algunas naciones se han ido desprendiendo trabajosamente de la pobreza, en otras, como en México, el problema persiste.

Naturalmente, las diferencias entre las naciones desarrolladas del Norte y aquellas subdesarrolladas o en vías de desarrollo de Centro y Sudamérica no se deben exclusivamente a un empleo deficiente de los recursos científicos y tecnológicos por parte de estos últimos. Es indudable, empero, que las deficiencias culturales y educativas que incapacitan a la ciudadanía para un manejo probo y constante de tales recursos mantiene en el subdesarrollo a esas naciones.

¿Qué hacer? Esta es la espinosa interrogante que emerge de modo perentorio.

En primer lugar, es menester que quienes nos encontramos en la tarea de producir conocimientos contemos con los mecanismos necesarios para divulgarlos, no sólo dentro de la propia comunidad especializada sino entre las instituciones pertinentes y entre la ciudadanía en general. Éste podría ser el único modo mediante el cual una comunidad podría tomar mejores decisiones y, en su caso, demandar su ejecución.

Lo anterior, vale mencionarlo aunque sea evidente, requiere de que *algo* sea divulgado, es decir, debería existir un adecuado —si no abundante— ritmo en la generación de conocimientos, tanto en las áreas apremiantes como en aquellas más básicas. Este es un punto complejo y problemático porque requiere de un proyecto sólido de desarrollo nacional. Si se carece de éste, la comunidad científica en conjunto con los pobladores interesados y comprometidos —también se tendrían que crear mecanismos de comunicación entre los expertos y la gente no especializada— deberían abocarse a formularlo y a implantarlo, sin renunciar a la mencionada labor de divulgación.

Sólo con el aliento que confiere la creación de conocimientos aunado a los reclamos emanados de las necesidades colectivas podría realmente la comunidad científica influir positivamente en su entorno.

La ciencia es una labor ingénitamente colectiva, para su realización continua y vital requiere de estar integrada con el resto de la vida social y cultural. Para ello, el científico debe evitar el confinamiento del laboratorio, del cubículo o del espacio que otorgan las revistas especializadas y conectarse con su comunidad para que sus miembros estén al tanto del saber actual y puedan emplearlo acertadamente para atender las necesidades colectivas.

Lo anterior requiere, evidentemente, de un fuerte y constante apoyo económico al sector científico y educativo y, aún más, requiere de que exista una adecuada distribución de ese apoyo. Ante eso, debemos señalar que en un país como el nuestro, donde la fracción del Producto Interno Bruto destinada a la educación y la ciencia es exiguo, se antoja una labor colosal si no ilusoria el lograr tal compromiso.

En la actualidad, lo característico —con algunas notables excepciones— es la desvinculación de la ciencia del sector social y productivo. Como señalaba al inicio, la proliferación de información y las redes sociales han facilitado considerablemente el acceso a todo tipo de conocimiento, pero, paradójicamente, dicho acceso continúa siendo precario ya que existe una porción importante de la población sumida en la pobreza que, desafortunadamente, ni siquiera ha sido alfabetizada.

Me parece inobjetable, por tanto, que ante un panorama tan aciago los investigadores y los ciudadanos interesados deberían mantener una comunicación más estrecha para poder arribar a decisiones acertadas y viables. Cualquier deliberación pública referente a metas sociales, económicas o culturales es un asunto inherentemente colectivo, donde cada uno cumple un rol esencial en el compromiso global. Una oportuna y acertada divulgación de la producción científica permitiría que los miembros de una sociedad, al menos aquellos interesados o que ocupan un lugar social rector, pudieran tomar decisiones más inteligentes y pugnar para emprender las acciones necesarias para su implementación.

Hace no mucho en este mismo espacio (Medina Liberty, 2013) mencioné que no es posible modificar la estructura característica de una sociedad o elevar su nivel de vida limitándonos a introducir en ella un sistema educativo mejorado o ampliado, aunque también es cierto que ello no debería conducir a la inhabilidad profesional o a la esperanza de tiempos mejores para poder tomar decisiones.

La historia nos muestra, afortunadamente, que las crisis pueden traer algunos efectos positivos. Las carencias instigan tanto entre los científicos como entre los ciudadanos a recapitular sobre los alcances y pertinencia de nuestras metas, a reflexionar sobre las situaciones problemáticas vigentes y a urdir un trabajo más socialmente orientado, interdisciplinario y multicultural que permita atender lo apremiante y postergar lo irrelevante. Se trata, como diría el viejo hidalgo de la Mancha, de ver la realidad como debería ser.

REFERENCIAS

- Medina Liberty, A. (2013), "Del conocimiento a la acción", *Ludus Vitalis*, 21(39): 291-294.